SIMBOLISMO
DE LA
MASONERÍA

BIBLIOTECA DE FILOSOFÍA E HISTORIA

MGR. LEON MEURIN, S. J.
ARZOBISPO-OBISPO DE PORT-LOUIS

SIMBOLISMO
DE LA
MASONERIA

(Continuación de FILOSOFÍA DE LA MASONERÍA)

TRADUCCION Y EPILOGO
DE
MAURICIO CARLAVILLA

NOS
MADRID
1957

LIBRO QUINTO

Sentido decuple de la leyenda y otros símbolos masónicos

SENTIDO DECUPLE DE LA LEYENDA Y OTROS SIMBOLOS MASONICOS

1.—Multiplicidad de velos para encubrir el verdadero misterio de la Masonería

Sería ilusorio creer que la Masonería oculta sus misterios tras un solo velo. En la Masonería escocesa, madre de los demás ritos, existen 33 grados, en cada uno de los cuales deben jurar los adeptos no revelar sus secretos ni a los profanos ni a los hermanos de grado inferior. Existen, por otra parte, los 90 grados del rito de Misraim, superior al escocés en número de grados, pero inferior en valor intrínseco. Dejaremos a un lado éste y otros ritos; el escocés es la esencia de la Masonería.

Pero, como ya hemos dicho, ni siquiera los iniciados en los 33 grados lo están ya en todos los misterios. Las logias de adopción de los diversos ritos, tienen misterios inícuos que no están explícitamente contenidos en los de los 33 grados.

Hay que tomar en consideración, por otra parte, los misterios velados en todo el sistema masónico, los verdaderos misterios de los Jefes desconocidos. Ahí es donde se revela, en loda su integridad, la Sinagoga extinta. Y, finalmente, detrás de la Sinagoga, se oculta el verdadero inspirador y Jefe de derecho de toda la Masonería: Satán.

Añadamos a esto que, para desviar a los profanos, existen, fuera y dentro de las logias múltiples explicaciones de los misterios. En

estas explicaciones se refugian los iniciados cuando un inquisidor demasiado ardiente trata de llegar hasta el último secreto.

La leyenda masónica de Hiram y la construcción del Templo de Salomón, es el «cero no significativo», que contiene, como el Ensoph Kabalístico a los diez Sephiroth, los diez sentidos diversos en que se puede explicar. En honor de los tres Sephiroth superiores, que forman la parte inteligente del hombre arquetipo, veremos el sentido Kabalístico, masónico y diabólico; en conmemoración de los siguientes tres Sephiroth, que constituyen la parte moral de *Adan Kadmon*, se nos explicará el sentido teológico filosófico y ético; según el tercer trio de Sephiroth que integran la parte física del Hombre primitivo, daremos el sentido histórico, político y físico de dicha leyenda. Y para representar dignamente el restante número, examinaremos el sentido judáico de la leyenda de Hiram.

En beneficio de una mayor claridad expositiva no seguiremos este orden, sino que adoptaremos el que nos parezca de mayor utilidad.

Existen, en honor de los tres Sephiroth superiores, tres insignias que son el delantal, el cordón y la alhaja y en honor de los siete inferiores, siete emblemas: la batería, la orden, el signo, la contraseña, el contacto, la palabra sagrada y la era masónica.

Las palabras son casi todas hebreas, pues es ésta una lengua poco conocida, y cuyo estudio no se estimula. También los colores tienen su significado particular, como lo tiene la formación de las logias, sus altares y decoraciones, las ceremonias de recepciones y banquetes, bautismos, matrimonios y funerales del culto masónico.

Es imposible deshacerse de la impresión que tal cúmulo de símbolos y velos artificiales causa en el espíritu de los profanos y los mismos masones. El secreto oculto tan cuidadosamente debe constituir, o un bien inmenso, ya que no se revela sino a los más estudiosos y perseverante, o un tremendo mal, cuando tanto miedo existe a verlo revelado y conocido. El divino Salvador, dijo: «La luz ha venido al mundo, y los hombres quieren más las tinieblas que la luz, porque sus obras son malvadas. Pues quien hace el mal, odia la luz y no viene a ella, para que no se le acuse por sus obras. Pero el que cumple con la verdad, se acerca a la luz, para que sus obras sean manifiestas, pues se hacen en Dios» (1).

(1) Juan: III, 19, 21.

2.—Forma simbólica de la leyenda masónica.

El héroe principal de la leyenda masónica es Hiram, nombrado también Hiram-Ab (nuestro padre Hiram), que representa, en la leyenda, al Arquitecto del templo de Salomón; en la explicación astronómica, al Sol; en la explicación moral, al hombre perfecto; en la explicación política, al pueblo; en la explicación histórica, al último Gran Maestre de los Templarios, J. B. de Molay; en la explicación judáica, al pueblo judío;y en la explicación diabólica, a Satán, el Gran Arquitecto del Universo.

No será inútil contar aquí, en beneficio de los que no la conocen la leyenda masónica, tal como se comunica a los recipientarios de las logias. De este modo se podrá comprender mejor su explicación múltiple. Nos atenemos para el relato al ofrecido por Léo Taxil en su libro «Los Hermanos Tres Puntas».

Era el tiempo del máximo poderío de Salomón, hijo de David. Este rey, famoso por su sabiduría, estaba haciendo levantar un templo magnífico a la gloria de Jehovah. El arquitecto encargado de esta construcción era Hiram. ¿Quién era este hombre?. ¿De dónde venía?

Al hablar de los ofitas y la demonolatría, hemos referido la historia de Caín y de su raza, hasta llegar a Hiram, el constructor del Templo de Salomón. Así, tomamos la historia desde el punto en que la interrumpimos.

Hiram, hijo del Espíritu del Fuego, y de los genios del trabajo, vivía triste y solitario entre los hijos de Adán, y no comunicó a ninguno de ellos el secreto de su origen sublime. Todos le temían, y Salomón más qne todos los demás. El temor que había inspirado ahogaba en los corazones el efecto y la simpatía, antes de que naciesen; Salomón, a quien un secreto instinto advertía de la grandeza misteriosa de Hiram, y que se sentía humillado ante él, le odiaba con toda la fuerza de su orgullo.

Hiram, enviado al rey Salomón por el rey de los tirios, adoradores de Moloch, había sabido, desde su llegada, imponerse a todos. Su genio audaz le situaba por encima de los demás hombres; su espíritu escapaba a la humanidad y todos se inclinaban ante la voluntad y la misteriosa influencia de aquel a quien llamaban el Maestre.

Sobre su faz ensombrecida pintábase la bondad y la tristeza; su amplia frente reflejaba a la vez al Espíritu de la Luz y al Genio de las Tinieblas. Gran arquitecto y gran escultor, Hiram no había conocido otro maestro que la soledad, ni otros modelos que los que el desierto le había proporcionado en los restos de figuras colosales y grandiosas de dioses y animales simbólicos, especies desvanecidas, espectros de un mundo antiguo y de una sociedad muerta y desaparecida.

Su poder era grande. Tenía bajo sus órdenes a más de trescientos mil obreros, hombres de todos los países, que hablaban todas las lenguas, desde el sánscrito del Himalaya hasta el lenguaje gutural de las tribus libias. A una orden de Hiram, la multitud innumerable de los trabajadores avanzaba desde todos los puntos del horizontes, como las olas de una mar embravecida, presta a inundar los valles y llanuras incapaces de contenerla, o bien semejaba un mosaico de cabezas humanas, escalonándose en anfiteatro hasta el límite del horizonte, tan numerosas como las estrellas del cielo, o los granos de arena del desierto.

Balkis (1) reina de Saba, llegó a Jerusalén a saludar al gran monarca, y admirar las maravillas de su reino. Halló a Salomón vestido de oro, sentado sobre un trono hecho de madera de cedro dorada, con los pies reposando sobre un tapiz también de oro. Al principio, le pareció que veía una estatua del más precioso de los metales, con el rostro y manos de marfil. Pero la Estatua, animándose, avanzó hacia Balkis. Luego, el rey la hizo sentarse a su lado, sobre aquel trono que deslumbraría a cualquiera que no fuese la Reina del Mediodía.

Balkis, tras haber ofrecido a Salomón presentes suntuosos, le propuso, según la moda oriental, tres enigmas. Pero el sabio—nombre que Salomón se hacia dar—había corrompido al gran sacerdote de los Sabitas, y había pagado a precio de plata el conocer por adelantado los tres enigmas, cuya solución se había hecho preparar por Sadoc, el gran sacerdote de los hebreos, de modo que pudo contestar a las preguntas de la reina tan pronto como fueron formuladas.

Salomón paseó con la reina por sus palacios, cuya magnificencia le hizo observar. Después, la condujo al templo que estaba

(1) Este nombre significa Seduccion de Ball. No es nombre biblico.

levantando al Dios de Israel. Cuando llegaron a los cimientos del altar, la reina observó un pie de cepa, arrancado del terreno y arrojado al azar. Un pájaro maravilloso que siempre acompañaba a la reina, una abubilla llamada *Hud-Hud,* (1) le hizo comprender con sus gritos quejumbrosos lo que significaba aquel despojo, el depósito que cubría aquella tierra sagrada, violada por el orgullo de Salomón. «—Has levantado tu gloria sobre la tumba de tus padres—dijo Balkis al rey—; y èsa cepa, esa madera sagrada...» «—La he hecho arrancar—interrumpió Salomón—para elevar aquí un altar de pórfido y madera de olivo, que haré decorar con cuatro serafines de oro». «—Esta viña—prosiguió la reina de Saba—fué plantada por Noé, el padre de tu raza, y un descendiente de Noé no ha podido arrancarla sin impiedad. Por ello, el último príncipe de tu raza será clavado, como un criminal, a esa madera que debía ser sagrada para tí».

A todo esto, el fuego de los ojos de Balkis, había abrasado el corazón de Salomón, que estaba ante ella como el esclavo ante el amo que tiene sobre él derecho de vida y muerte. La reina, en principio, habíase sentido asqueada ante el orgullo de Salomón, pero después, conmovida al ver que el rey se había convertido en otro hombre, por su amor, y orgullosa de haber hecho cambiar aquel corazón tan soberbio y altivo, concedió al rey la promesa de matrimonio que éste imploraba. Pero, tanto si visitaban los palacios del rey, como si iban al templo que Salomón quería erigir en honra del Dios de los hebreros, o si Salomón le mostraba cualquiera de las otras maravillas que tan alta han colocado su gloria, al preguntar ella el nombre del obrero que los había concebido, el rey Salomón, respondía: «Es un tal Hiram, personaje extraño y feroz, que me fué enviado por el rey de los tirios».

Balkis quiso que le presentaran a Hiram. Salomón trató de hacerle olvidar tal idea. Pero, al mostrarla las columnas, las estatuas de animales y querubines, el trono de marfil y oro situado frente al

---

(1) Tereo, rey de Tracia, se casa con Progne; hija de Pandión, rey de Atenas, y tuvo un hijo, Itys; después, él hizo violencia a Filomena hermana, de su mujer, y le hizo cortar la lengua para impedirle que revelara su crimen y la encerró en una torre; Pero Filomena, habiendo hallado un medio para enterar a su hermana de la desgracia, para vengarse las dos de Tereo, le sirvieron los miembros de Itys en un gran banquete, y después le revelaron lo que habían hecho, Tereo, presa de cólera y desesperación fué metamorfoseado en abubilla; este pájaro persigue sin cesar a las dos aves en que se transformaron Filomena y Progne, el *ruiseñor* y *golondrina.* Bonillet; *Dictinaire d'histoire.*

altar, al oir hablar del mar de bronce que iba a hacer ejecutar, la reina de Saba, preguntaba: «¿Quién ha eregido estas columnas»?, «¿Quién ha cincelado estas estatuas?», «¿Quién ha hecho este trono?», «¿Quién va a fundir el mar de bronce?» y Salomón veíase obligado a responder siempre: «—Hiram». Balkis, estaba impaciente por conocer a tan singular personaje y Salomón, para no ofenderla, hubo de ceder a sus deseos, y ordenó que Hiram fuese traído a su presencia.

Cuando Hiram, artífice de tanta maravilla compareció ante la reina y, sin vanidad, pero sin temor, elevó hasta ella su mirada de fuego, Balkis se sintió turbada en todo su ser. Luego, cuando hubo recobrado cierta seguridad, le preguntó a Hiram a cerca de sus obras, y defendió a este trabajador modelo contra las críticas de Salomón, inspiradas por un bajo sentimiento de celos.

Como la reina deseara ver reunido ante ella todo el innumerable ejército de albañiles, carpinteros, mineros, fundidores, herreros, canteros y tallistas que Hiram dirigía, Salomón dijo que todos estos obreros, venidos de todos los países, y que hablaban lenguas distintas, estaban dispersos por las costas y que era imposible reunirlos.

Pero el maestre, tras haber rendido homenaje a Balkis, se dirigió hacia la entrada del templo, situóse en el pórtico exterior y, utilizando un bloque de granito como pedestal, dirigió una mirada penetrante sobre la multitud reunida, que se dirigió hacia el centro de las obras. A un signo de Hiram, todos los rostros se volvieron hacia él. El Maestre levantó entonces el brazo derecho, y con la mano abierta trazó una línea horizontal en el aire, de cuyo centro hizo caer otra vertical, figurando dos ángulos en escuadra, signo en el que los sirios hubiesen reconocido una T.

Ante esta señal de reunión, el hormiguero humano se agitó como si una tromba de viento lo hubiese azotado. Luego se formaron grupos, que se desglosaron en líneas regulares y armoniosas; se dispusieron en legiones, y estos cientos de miles de obreros, conducidos y dirigidos por jefes desconocidos se partieron en tres cuerpos principales, subdivididos cada uno en tres cohortes distintas, espesas y profundas, donde marchaban: 1.° Los Maestres; 2.°, los Compañeros y 3.°, los Aprendices. En el centro, iban los trabajadores de la piedra; a la derecha, los que trabajan la madera; a la izquierda, los que se dedicaban a la industria de los metales. La

tierra temblaba bajo sus pasos; se aproximaban semejantes a las altas olas del mar, prestas a invadir las riberas. Sin gritos, sin clamores, no se escuchaba sino el rumor sordo y cadencioso de sus pasos, parecido al rodar de un trueno lejano, precursor del huracán y la tempestad. Si un soplo de cólera pasara por aquellas cabezas, el torbellino de su cólera irresistible arrollaría todo cuanto se le opusiera sin que nada fuera bastante a detenerlos.

Ante aquella fuerza desconocida, que se ignoraba a sí misma, Salomón palideció. Lanzó una mirada de azoramiento hacia el brillante pero débil cortejo de sacerdotes y cortesanos que le acompañaban. ¿Iba a ser sumergido su trono en las ondas de éste océano humano? ¡No! Hiram alzó el brazo, y todos se detuvieron ante esta señal. A un signo suyo, el ejército se dispersó; la muchedubre retírose remisa, pero obediente a la inteligencia que la domaba y dominaba. «Pues qué—díjose Salomón— ¿un solo signo de esta mano hace nacer o dispensarse a los ejércitos? Luego, comparando esta fuerza oculta, este formidable poder con el suyo, el gran rey que creía haber recibido de Dios el talento y la sabiduría, comprendió que éstos eran poca cosa comparado con lo que acababa de descubrir y, en el fondo de su alma, reconoció la existentencia de un poder superior al suyo, poder que en el porvenir, cuya presciencia poseía, tenía reservada una soberanía más grande y más universal que la suya.

También la reina al ver el dominio de Hiram sobre la multitud comprendió que se hallaba ante alguien que era más que un hombre. Balkis lamentó el compromiso temerario que la unía a Salomón, y éste sorprendió los ojos de la reina fijos en el obrero.

Pero este poderío de Hiram, tan grande que ninguna empresa parecía sobrepujar a su talento, había de experimentar una derrota, tanto más cruel cuanto que la Reina, llegada para asistir a su triunfo, había de ser testigo de su humillación.

Un compañero albañil llamado Jubelas (o Phanor, o Sterkin), un compañero carpintero llamado Jubelos (o Amrú u Oterfut) y un compañero minero, llamado Jubelum (o Metusael o Abibala) habían reclamado el título y salario de Maestres, e Hiram se lo había rehusado, por no tener derecho a ello. Para vengarse, el compañero albañil mezcló cal con el ladrillo en los preparativos para la fusión del mar de bronce; el compañero carpintero prolongó los extremos de las traviesas de las vigas, para exponerlas a las llamas,

y el compañero minero trajó del lago envenenado de Gomorra lava sulfurosa, que, desdichadamente se incorporó a la aleación.

Un joven obrero, llamado Benomi (hijo de mi dolor) que sentía por Hiram el tierno amor de un hijo por su padre, sorprendió este complot infame, y fué a revelárselo a Salomón, para que detuviese la colada del mar de bronce. Pero Salomón, alegre ante tal oportunidad de ver a Hiram humillado ante la reina, quiso que la labor no se interrumpiera.

Sonó la hora solemne. Los obstáculos que retenían al bronce líquido se apartaron, y torrentes de metal fundido se precipitaron en el inmenso cuenco que había de servir de molde para el broncíneo mar. Pero el molde, demasiado cargado, se desgarró, y el fuego líquido escapó por todos lados. Hiram creyó que la acción del fuego vitrificaba la arena y, para evitarlo, dirigió una columna de agua contra la base de los contrafuertes del molde. El agua y el fuego, se mezclaron para combatirse. El agua ardiente, saltó al espacio llevando consigo metal ígneo, y esta espantosa lluvia cayó sobre la multitud que había acudido a presenciar el acontecimiento, sembrado por doquier el espanto y la muerte.

El gran artífice, deshonrado, miró en torno a él, no vió a su fiel Benoni. En su dolor, le acusó, sin saber que el pobre muchacho, había perecido, víctima de su lealtad, al tratar de prevenir esta catástrofe, tras de que Salomón se hubo negado a tender el cetro pidiendo la interrupción del trabajo.

Hiram no abandonó el escenario de su derrota y su vergüenza. Agobiado de dolor, no se cuidaba de aquella masa de bronce fundido, que se agitaba hasta en sus profundidades, y que amenazaba engullirle en cualquier momento. Solo pensaba en la reina de Saba, que había ido para presenciar un gran triunfo y sólo había contemplado un tremendo desastre.

De repente, oyó una voz extraña y formidable, que salía del mar de fuego, y pronunciaba su nombre por tres veces: «¡Hiram!», «¡Hiram!», «¡HIRAM!», levantó los ojos, y, en medio de la masa ígnea, vió una figura humana, pero de volumen mucho más grande que el de los hombres que viven sobre la tierra. El ser sobrehumano aquel, avanzó hacia Hiram, diciendo: «—Ven, hijo mío, ven sin temor. He soplado sobre tí, y podrás respirar en medio de las llamas!» Hiram, envuelto en fuego, halla en el elemento en que un hijo de Adán encontraría la muerte, delicias desconocidas.

Una misteriosa atracción le invade, se siente dulcemente transportado, y sin resistir más, pregunta al que de esta forma le lleva: «¿A donde me conduces?» «—Al centro de la tierra, al alma del mundo, al reino de Eblis y Caín, donde, con ellos, reina la libertad. Aquí expira la tiranía celosa de Adonai. Aquí podemos, riéndonos de su furor, gustar los frutos del árbol de la ciencia. Aquí está el dominio de tus padres», «—¿Quién soy yo, pues, y quién eres tú?» «—Soy el padre de tus padres, hijo de Lamech y nieto de Caín. Soy Tubalcain».

Tubalcain introdujo a Hiram en el Santuario del Fuego, y allí le explicó la debilidad de Adonai y las bajas pasiones de este Dios, enemigo de sus criaturas, que las condena a morir para vengarse de los beneficios que les otorgan los Genios del Fuego. Luego, Hiram se halló en presencia del padre de su raza, de Caín. El Angel de la Luz, que engendró a Caín, puso un reflejo de su inefable belleza sobre el rostro de aquel hijo cuya grandeza tanto irritaba a Adonai. Caín refirió a este último vástago de su raza cuáles eran sus defectos, cuáles sus virtudes, mucho mayores que sus defectos, y cuáles sus desdichas que, por la persecución de Adonai igualaban a sus virtudes.

Hiram vió a todos aquellos miembros de la raza de Caín que murieron antes del diluvio. Porque todos los muertos después de este acto de venganza impía no están presentes allí, e Hiram no los pudo ver, ya que la tierra retiene sus cuerpos.

Y a Hiram le fué dado escuchar la voz de aquel que nació de los amores de Tubalcain y su hermana Nohema, y que conoció carnalmente a la mujer de Cam, y hubo de ella a Canaan, padre de Nemrod: «Un hijo nacerá de tí, a quien no verás, y que te dará innumerable posteridad. Durante largos siglos, tu raza empleará todo su valor y todo su genio en colmar de bienes a la ingrata y estúpida raza de Adán. Pero, al fin, los más fuertes serán los mejores. Ellos establecerán en toda la tierra el culto del Fuego. Tus hijos, con tu nombre por divisa, se reunirán, y destruirán el poderío de los reyes y los ministros todos de Adonai. ¡Ve, hijo mio, que el Angel de la Luz y los Genios del Fuego, están contigo!»

Hiram fué de nuevo transportado desde el Santuario del Fuego a la Tierra. Tubalcain, volvió con él por un momento. Antes de dejar a su nieto, acabó de hacer resurgir su coraje, y, tomando el mazo de que él mismo se sirviera durante las obras, y que tan fa-

moso le había hecho, se lo entregó diciéndole: «—Con este martillo, que ha abierto los cráteres de los volcanes, y con la ayuda de los Genios del Fuego, vas a realizar la obra que has concebido, y harás admirar a los testigos de tu derrota, el Mar de Bronce.

Luego que Tubalcain desapareció, Hiram se sirvió del precioso martillo para reparar su obra. Unos instante fueron suficientes, y las primeras luces del día alumbraron esta nueva maravilla realizada por el genio de Hiram. Todo el pueblo de Israel celebró su victoria, y la reina de Saba, cuyo naciente amor habían irritado las contradicciones de Salomón, sintió su corazón inundado de gozo..

Como ella se paseara fuera de los muros de Jerusalén, acompañada por sus damas, un secreto instinto atrajo hacia aquellos lugares a Hiram, que se había desentendido de su triunfo, y buscaba la soledad. Se declararon su mutuo amor. «Hud-Hud», el pájaro que siempre acompañaba a la Reina de Saba como mensajero de los Genios del Fuego, y que en todas las circunstancias había manifestado gran aversión por Salomón, al ver a Hiram trazar en el aire la «T» misteriosa, púsose a dar vueltas sobre su cabeza, posándose luego, con gran complacencia, sobre su puño. Ante este signo, *Sarahil* (la defección de Jehovah), nodriza de la Reina, exclamó: «—¡El oráculo se ha cumplido! Hud-Hud ha reconocido al esposo que los Genios del Fuego destinaban a Balkis, el único cuyo amor puede acoger sin delito».

No dudaron más y, tomándose mutuamente por esposos, trataron de hallar el medio de desligar a Balkis del compromiso que la unía a Salomón. Hiram se alejaría el primero de Jerusalén. Poco después, la Reina, impaciente por unirse a él en Arabia, burlaría la vigilancia del Rey de los hebreos.

Pero los tres malvados compañeros, cuya traición habían desbaratado los Genios del Fuego, y que espiaban sin cesar a Hiram, para vengarse de él, sorprendieron el secreto de sus amores. Luego se presentaron a Salomón. Y Jubelas, habló al rey en estos términos, «—Hiram ha dejado de venir a las canteras, las obras y los talleres». Jubelos le dijo: «A la hora tercia de la noche, pasó por delante de mí un hombre que se dirigía a la tienda de la reina de Saba; en él reconocí a Hiram». Y Jubelum añadió: «Alejaos, compañeros míos, así como los que os rodean. Lo que he de decir, tan solo debe oirlo el Rey». Y, una vez a solas con Salomón, Jubelum

le habló de este modo: «—Me he aprovechado de las sombras de la noche para mezclarme con los eunucos de la reina; he visto a Hiram deslizarse hasta donde ella estaba y, cuando al amanecer me he retirado, aún seguía solo con ella».

Salomón se entrevistó con el gran sacerdote Sadoc, y le contó lo que acababa de saber, y entre los dos buscaron el medio de tomar venganza contra Hiram. Pero éste, pidió audiencia a Salomón, a fin de pedirle que le permitiera despedirse. Salomón le interrogó acerca del país a que pensaba dirigirse, una vez que se marchase de Jerusalén. «—Quiero volver a Tiro—respondió Hiram—, junto al Rey que me envió a ti». Salomón le anunció entonces que era libre de marchase si lo deseaba. No obstante, Hiram antes de marcharse, debía distribuir la paga a sus obreros. Salomón le preguntó quiénes eran los tres compañeros Jubelas, Jubelos y Jubelum. «—Son tres obreros sin talento—respondió Hiram— que quisieran tener el título y salario de maestres, petición que, con toda justicia, yo he rechazado».

Salomón despidió a Hiram, con grandes protestas del afecto que siempre guardaría para él, y luego llamó a los tres compañeros. Anuncióles la retirada de Hiram, y añadió: «Han muerto varios maestres que es preciso reemplazar. Esta tarde, después de la paga, id a Hiram, y pedidle vuestra iniciación al grado de Maestre. Si os lo concede, si os da su confianza, tendréis también la mía. Si os lo rehusa, compareceréis mañana ante mí, y yo escucharé su justificación y vuestra defensa, y me pronunciaré entre él y vosotros, a menos que Dios le abandone, y señale, con algún signo sorprendente, que Hiram no ha hallado gracia ante él».

Hiram y Balkis iban a separarse, para reunirse muy pronto. Y la reina de Saba, dijo al esposo de su corazón: «Sed dos veces dichoso, mi señor y dueño bien amado; vuestra servidora más fiel está impaciente por reunirse de nuevo con vos, y, con ella, hallareis en Arabia al fruto de vuestro amor, que lleva en su seno». Con pena separóse Hiram de los brazos de aquella, cuyas palabras le habían hecho aún más querida.

Salomón, advertido por la delación de Jubelas, Jubelos y Jubelum, quiso apresurar su matrimonio con la Reina de Saba. Por la noche, a continuación de la cena, la apremió para que cediera a su amor. Era el momento que Balkis esperaba. Incitó a Salomón a beber, y este se prestó fácilmente a ello, esperando que con el

vino hallaría la suficiente audacia para hacer violencia a Balkis. Sentíase pleno de confianza y esperanza, al ver que ella también vaciaba su copa, antes llena de un vino que se transforma, al beberlo en ardiente llama que se apodera de todos los sentidos. Pero ella sólo fingía beber, para burlarle. Pronto Salomón hallóse sumergido en el sopor de la embiaguez. Entonces la Reina, se aprovechó para retirar del dedo del Rey el anillo de compromiso, que le había dado en prenda de su fe. Un caballo que estaba preparado, llevó a Balkis lejos de Jerusalén, al país de Saba, donde había de encontrarse con Hiram.

Pero, ¡ay! que los tres malvados compañeros veían más que con envidia a aquellos a quienes sus talentos y virtudes habían situado por encima de ellos, y eran admitidos en la Cámara del Centro. Entonces, resolvieron penetrar, de grado o por fuerza, en este lugar sagrado.

Pero como no podían conseguir sus fines, sin conocer la palabra sagrada de los Maestres, resolvieron concertarse para arrancársela a Hiram. De común acuerdo, decidieron intimidarle, a fin de arrancarle por el temor lo que no esperaban obtener por la libre voluntad de aquel. Estaban decididos a darle muerte, para escapar del castigo que sobre ellos habría de atraer tan criminal audacia. No esperaban perdón y habían de apartar a toda costa los dedos acusadores que les señalarían los otros obreros como asesinos del Maestre. ¡Vana ilusión! Los útiles empleados para la ejecución de su crimen, habían de indicar a qué clase de obreros pertenecían.

Tras haber tomado, en la sombra y el silencio, todas las disposiciones necesarias, para, según sus cálculos, sacar adelante sus detestables designios, los tres compañeros esperaron el instante en que, a la caída del día, los obreros, cumplida su labor, dejaban el taller para entregarse al reposo, pues, entonces, el Maestre, que siempre salía el último, se encontraría solo.

El Templo tenía tres puertas: una al Este, que comunicaba con la Cámara del Centro, y estaba reservada al Maestre; otra al Sur, y la tercera al Oeste. Esta última servía de entrada común a todos los obreros, y era también por la que acostumbraba a retirarse Hiram que siempre se marchaba el último.

Los tres cómplices se colocaron cada uno en una de estas puertas con el fin de que, si Hiram escapaba a uno, no pudiera evitar a

los otros. Jubelas se escondió en la puerta del sur, Jubelos en la del oeste, y Jubelum en la de oriente.

Luego de algunos instantes, Hiram salió de la Cámara del Centro, para visitar los trabajos y asegurarse, como de costumbre, de que sus planes era correctamente ejecutados. Encaminábase hacia la puerta del sur, cuando vió a Jubelas, armado de una pesada regla. El Maestre le preguntó por qué no se había ido con los otros obreros, y qué quería de él, el compañero Jubelas le respondió con la mayor audacia: «Maestre, hace tiempo que me retenéis en las filas inferiores; quiero ascender. Admitidme al rango de Maestre». «No puedo —respondió Hiram con su habitual bondad— concederte por mí mismo este favor; he de contar con mis Hermanos. Cuando hayas completado el tiempo de tu servicio, y estés bien instruído, yo mismo consideraré un deber proponer tu nombre al consejo de los maestres». «—Ya estoy lo bastante instruído—respondió él temerario— y no me apartaré de vos hasta que haya oído la contraseña de los maestres». «—¡Insensato! —replicó Hiram—. No es así como yo la he obtenido. Trabaja, persevera, y serás recompensado».

Jubelas insistió, llegando hasta la amenaza. Hiram, sin dejarse intimidar, le respondio con firmeza que era en vano que esperase obtener por tal medio lo que pedía, y, con un movimiento de la mano le conminó a que se retirase, En el mismo momento, el compañero, furioso, trató de asestarle un violento golpe con la regla, golpe que fué desviado por el gesto de Hiram y que, en lugar de alcanzarle en la cabeza, le dió en la garganta.

Hiram, justamente inquieto, avanzó precipitadamente hacia la puerta del oeste, pero allí fué detenido por Jubelos, quien de forma aún más amenazadora, le exigió la contraseña de los Maestres. Hiram, entreviendo el peligro en que se hallaba, retrocedió para salir por la puerta de oriente, pero no pudo evitar un terrible golpe que Juvelos le asestó sobre el corazón con su escuadra. Aturdido por el golpe, Hiram se dirigió hacia la puerta oriental por la que pensaba podría escapar. ¡Vana esperanza! Allí le asperaba el último conjurado, Jubelum, que también le pidió la contraseña de los maestres. «—¡Antes la muerte —dijo Hiram—que revelar el secreto que se me ha confiado!» Instantáneamente, el malvado le asestó un martillazo en la frente, que le hizo caer a sus pies.

Los tres asesinos, se reunieron, y, viendo, al interrogarse mutua-

mente, que no habían conseguido lo que esperaban, sintiéronse aterrados al haber cometido un crimen inútil, y pensaron únicamente, en el modo de evadir las consecuencias del mismo, haciendo desaparecer los rastros de su odioso acto. A tal efecto, levantaron el cuerpo, lo escondieron tras unos escombros, y, por la noche, lo transportaron fuera de la ciudad, y lo enterraron en un bosque, plantando sobre su tumba una rama de acacia.

No tardó en llamar la atención la ausencia de Hiram, y pronto los obreros se persuadieron de que había ocurrido una terrible catástrofe.

En seguida sospecharon un crimen y lo atribuyeron a los tres malvados compañeros Jubelas, Jubelos y Jubelum, que, desde el día de la desaparición de Hiram faltaban también de las obras. Los maestres, se reunieron entonces en la Cámara del Centro, que pintaron de negro, en señal de duelo.

Cuando los vapores de la embriaguez se disiparon, y Salomón se halló solo, abandonado por Balkis, montó en cólera; y prorumpió en amenazas contra Sadoc y su Dios Adonai. Pero el profeta Ahias de Silo, contuvo su furor recordándole que el asesinato de Caín fué castigado siete veces, y el matador de Lamech setenta veces siete. Salomón, para apartar de si tal condenación, ordenó que se buscara el cadáver de Hirám.

Aunque Salomón juzgó a nueve maestres lo suficiente hábiles como para confiarles la captura de los asesinos de Hiram, y pese a que todos ellos estaban animados de extraordinario celo para cumplir su misión, quizá no la hubieran conseguido llevar jamás a cabo, si un desconocido no hubiera indicado al rey el escondite de los asesinos. El rey envió allá, sin demora a los nueve celosos maestres. Uno de ellos, *Stolkin,* entro precipitadamente en la caverna y, apenas hubo visto a Jubelum (Abibala) cuando le asentó una puñalada que le dejó sin vida.

Jubelas (Sterkin) y Jubelos (Oterfut), que consiguieron escapar de la caverna, se refugiaron en el país de Geth. Este país era tributario de Israel, y Salomón escribió inmediatamente a Maaca, rey de Geth, diciéndole que entregase a los asesinos a las personas de confianza que enviara a buscarlos. Consecuentemente, el poderoso monarca armó aquel mismo día a quince hombres, maestres de los más celosos, entre los cuales se hallaban los nueve que habían hallado a Jubelum (Abibala). Los quince maestres se

pusieron en camino el 15 del mes que corresponde a nuestro junio, y llegaron al país de Geth el 28 del mismo mes. Inmediatamente presentaron a Maaca la carta de Salomón y aquel, estremeciéndose ante tal noticia, dispuso que se efectuara una severa búsqueda de los dos asesinos y que se les entregara, sin dilación, a los enviados del Muy Poderoso Rey Salomón. Añadió además que se consideraría feliz con que el Estado fuese purgado de seres tan mostruosos. Hízose una minuciosa investigación y, al fín, los dos criminales fueron localizados en una caverna llamada *Ben-Dicar* (Hijo de la transfixión). *Zerbael y Eligan* fueron los primeros en descubrirles. Les capturaron y cargaron con cadenas sobre las que estaba grabado el género de suplicio que se les reservaba. Llegaron a Jerusalén el 15 del mes siguiente, y tan pronto como llegaron, fueron conducidos ante Salomón quien, después de haber exhalado su justa cólera contra ellos, ordenó que fuesen conducidos a los calabozos de la torre de Hezar (sitio estrecho) y que se les hiciese morir, al día siguiente, de la muerte más cruel, lo que se ejecutó a las diez de la mañana siguiente. Se les ató a dos pilares por los pies y el cuello, con los brazos ligados por detrás. Les abrieron el cuerpo desde el pecho hasta el bajo vientre, los arrancaron los... y se les abandonó de esta manera durante ocho horas bajo el sol abrasador. Las moscas y otros insectos, abrevaron en la sangre de los asesinos. Estos, daban gritos tan lamentables, que movieron a sús verdugos a compasión, viéndose obligados por ello a cortarles las cabezas. Sus cuerpos fueron arrojados a los fosos de la ciudad, para que sirvieran de pasto a las bestias feroces. Luego Salomón ordenó que las cabezas de los tres criminales, Sterkin, Abibala y Oterfut, fuesen expuestas en picas, en el mismo orden en que estos miserables se habían apostado en el templo para asesinar a Hiram, a fín de que constituyesen un ejemplo para todos sus súbditos, y, particularmente para los obreros albañiles. En consecuencia, la cabeza de Sterkin fué colocada en la puerta del sur, la de Oterfut en la de occidente, y la de Abibala en la de oriente.

En la época en que Salomón excitó a los tres malvados compañeros contra el Gran Arquitecto del Templo, era un ferviente adorador de Adonai, y sufría la secreta influencia de este enemigo jurado de la descendencia de Caín. Pero, más tarde, Salomón, reparó noblemente sus errores. Tras de haber inhumado el cuerpo de Hiram bajo el mismo altar del Templo, Salomón, abandonando

el culto de Adonai, acabó sus días quemando incienso ante Moloch, la divinidad de los tirios, genio del Fuego y uno de los lugartenientes del Angel de la Luz.

Sin embargo, el temor asedió al gran Rey constantemente en su gran trono de oro y marfil. Conjuró a todas las potencias de la naturaleza para que le dispensaran su gracia, pero, al hacerlo, olvidó al más pequeño de los insectos: la cresa (hombrecillo u obrero del Fuego). El insecto, pacientemente, preparó la venganza que era debida al Genio del Fuego y estuvo royendo, sin detenerse jamás, durante doscientos veinticuatro años hasta que, aquel trono ante el cual la tierra parecia doblegarse, se vino abajo con espantable estruendo.

3.—Verdad histórica del relato masónico.

Antes de dar las diferentes explicaciones de la novela masónica que acabamos de ofrecer, es justo que hagamos patente la verdad en cuanto a los personajes que la Masonería hace intervenir en este drama. Los tres Libros de los Reyes, y el segundo de los Paralipómenos, refieren los hechos que la secta ha pervertido, desvergonzadamente, para la enseñanza simbólica de su doctrina kabalística y la ejecución de los planes revolucionarios.

«Salomón resolvió construir un templo al nombre del Señor y un palacio para sí mismo. Eligió porteadores en número de setenta mil, ochenta mil hombres para que tallaran la piedra de las montañas y tres mil seiscientos inspectores.»

«También escribió a Hiram, rey de Tiro, y le rogó que le mandase un hombre de confianza, hábil, que supiese trabajar en oro, plata, cobre, hierro, tejidos de púrpura, escarlata y jacinto, y hacer toda suerte de esculturas y tallas, para emplearle con los obreros que tenía con él y que David había elegido. También le pidió maderas de cedros, abetos y pinos del Líbano.»

«Hiram, rey de Tiro, escribió a Salomón: «Os envío a Hiram, hombre hábil y muy inteligente, que es para mí como mi padre. Su madre era de la ciudad de Dan, era viuda, de la tribu de Neftali, y su padre era de Tiro. Sabe trabajar en oro, plata, cobre, hierro, mármol, madera, así como en púrpura, jacinto, lienzo fino y escarlata. Sabe también grabar toda suerte de figuras y es un genio ma-

ravilloso para inventar todo lo que resulte necesario para la ejecución de las obras. Trabajará con vuestros obreros y con los de David, vuestro padre.»

«Salomón comenzó, pues, a construir el templo, e Hiram, que vino a Israel, hizo todos los trabajos que se le encomendaron. Hizo dos columnas de bronce y fundió dos capiteles del mismo metal, en forma de flor de lis, que irían en lo alto de cada columna. Había también sobre las columnas dos redes para cubrir dos cordones que había en los capiteles y, por encima de las redes, otros dos capiteles proporcionales a las columnas y, alrededor de este segundo capitel, había doscientas granadas, dispuestas en doble fila. Puso estas dos columnas en el vestíbulo del templo, y, habiendo puesto en pie la primera, la llamó *Jakin*, y luego puso la segunda, llamándola *Boaz*. Hizo también un mar de metal fundido, de doce codos de diámetro. Esta mar iba montada sobre doce bueyes, tres de los cuales miraban al norte, tres, al occidente, tres al mediodía y tres al oriente. Hiram hizo también marmitas, cuencos y calderos, y acabó toda la obra que el rey Salomón quería hacer en el templo del Señor.

Esto es cuanto las Sagradas Escrituras refieren acerca de Hiram de Tiro. Su procedencia de Tubalcain y Lucifer, los signos misteriosos con que guiaba a los trabajadores, sus amores con la reina de Saba, su muerte y su descenso al infierno, no son sino fábula y mentira.

«La Reina de Saba —refiere la Sagrada Escritura (1)— que había oído hablar de la reputación de Salomón, vino a Jerusalém para hacer por sí misma mediante algunos enigmas la experiencia de su sabiduría. Trajo con ella grandes riquezas, camellos que portaban perfumes y gran cantidad de oro y piedras preciosas. Vino pues a encontrarse con Salomón, y le expuso cuanto tenía en su corazón. Y Salomón le explicó cuanto ella había propuesto, y no hubo nada que no le esclareciese enteramente. Viendo la sabiduría de Salomón, y la casa que había construído quedó la reina fuera de sí, y le dijo; —«Lo que en mi reino se me dijo sobre tu sabiduría y tus méritos, es bien cierto, y reconozco que no me habían dicho ni la mitad de lo que veo y puedo apreciar». Inmediatamente ofreciole veintiocho talentos de oro, y una cantidad prodigiosa de

(1) X cap. del III libro de los *Reyes* y IX cap. de los *Paralipómenos*.

perfumes y piedras preciosísimas. El rey. por su parte, dió a la reina de Saba todo cuanto ella pudiera desear, cuanto le pidió, y más de lo que le había llevado. Y la reina se volvió a su corte con todo su séquito»,

El romance de los amores de la reina con Salomón, su nombre de Balkis, el nombre de su sirvienta, *Sarahil*, el pájaro *Hud-Hud*, son invenciones judías y nada más.

4.—Interpretación física de la leyenda masónica.

Con el propósito de desviar del verdadero camino a los espíritus que, demasiado curiosos, tratasen de penetrar en los misterios masónicos, los autores pertenecientes a esta sociedad secreta, dan a la historia de Hiram, como antes hemos indicado, distintas interpretaciones. La primera, y más vulgar, que llena casi todo el *curso filosófico* de Ragón es la aplicación de la fábula a la naturaleza materíal. Según ella, Hiram debe representar el sol, que construye el templo de la naturaleza, fecundándolo con su calor y alumbrándolo con su luz. Como centro del sistema planetario, es el Gran Arquitecto del Universo, que construyó como templo suyo. La bóveda de tal templo equivale al firmamento. La columna luminosa J, es el símbolo del solsticio de invierno, cuando el sol recobra su vigor; la columna sombría B, simboliza al solsticio de verano, durante el cual el sol comienza a decrecer. Los tres últimos meses del año, son los tres asesinos Jubelas, Jubelos y Jubelum, que, uno tras otro, asestan golpes mortales, a su maestro, el sol. Enero, febrero y marzo, representan a Sfolkin. Zerbael y Eligam, que vengan al Maestre y traen de nuevo al sol. La estrella flamígera de cinco puntas, representa los cinco meses de producción, y las granadas de fertilidad de la naturaleza, producida por la acción a la vez vivificadora y mortificante de las dos columnas, o vicisitudes del sol. Las tres ventanas de la logia, son tos tres puntos del diario viaje solar: la mañana, el mediodía y la tarde. El pavimento embaldosado con piedras blancas y negras es la imagen del dia y la noche. La acacia significa el paso del invierno al verano, o sea, la renovación de la vida y la naturaleza. La escuadra nos recuerda las cuatro partes del mundo, y la espada fiamígera los rayos del sol. Las doce columnas del templo simbolizan las doce

constelaciones del zodíaco; la escala misteriosa de siete peldaños, los siete planetas. La lira de Apolo con siete cuerdas, el triángulo y la flauta con siete registros, son imágenes de la melodía producida por los siete planetas, la armonía de las esferas imaginada por Pitágoras. El cráneo y los cuernos de toro que encuadran esta lira, representan la tierra, nuestra vaca lechera, por encima de la cual se produce tal armonía celeste. La piedra bruta es la naturaleza aún informe y estéril o muerta; la piedra cúbica, la naturaleza formada, fértil, que produce espigas, trigo. vino. El fuego del sol es el elemento vivificador del universo; la serpiente que envuelve el globo, es el desarrollo eterno de la vida, simbolizado por el círculo que forma la serpiente, que siempre existe devorándose a sí misma, etc., etc. Nos parece inútil seguir explicando cómo la logia representa el universo y el Venerable de la misma, en su trono, al sol. Cualquiera, con un poco de imaginación, puede continuar este capítulo y hacer una aplicación más extensa de los signos y emblemas masónicos a la naturaleza material y sus diversas evoluciones.

Lo que ya es menos fácil, es hallar la interpretación de la leyenda masónica en cuanto concierne a la naturaleza del hombre.

Nada de lo que proceda de la doctrina de la Sinagoga decaída y las enseñanzas del Angel Caído, puede ser moral, en el sentido ordinario de esta palabra. La interpretación de que aquí se trata, contiene en realidad, todo cuanto de más escabroso e inmoral existe, y es tan repugnante que nos resistimos a imprimirla en nuestro idioma. Y no lo haríamos tampoco en latín, si no fuera porque el tema y fin de este libro nos obligan a ello.

Cum homo constet corpore et anima, doctrina et pravis sectæ masonicæ, quoad partem hominis corporalem, nihilo differunt a mysteriis antiquitatis gentiles.

Hiram imaginem refert hominis corpore et anima perfecti. «¿Unde venit homo?» quærit Præses Consilii Supremi gradus trigesimi tertii (1). En gradus *Tironis* qui primus est totius ritus.

«Quapropter ejus tessera (palabra sagrada) significat *ctenon* seu uterum *(Boaz)*.

«¿Quiod est homo?», Ecce gradus secundus, sive *Socii*, cujus tessera *(Jakin)* significat *phallon* seu virgam.

---

(1) Paul Rosen: p. 281.

«Quæ est destinatió hominis?». Hobes tertium gradum, seu *Magistri* cujus tessera Mac-Benac (curruptio, filius corruptionis) significat putre factionem. In hoc gradu completur studium de homine quatenus est materia. «Conscientia sui ipsius docetur homo, se non esse effectum alicujus causæ. Ecce quartus, sive Magistri perfecti, cujus tessera significat creationis humanae principium finet et dominum esse *phallon*».

Ex que patet priorem columnam, eamque umbrosam, quam *Boaz* vocant, designaren materiam sive principium passivum muliebre, alteran vero, lucidam, quæ vocatur *Jakiu*, principium activum virile, ex utriusque vero conjunctione, et mediante seminis putrefactione, oriri grana granati, fructus vitæ renovatæ, id est, novus homo, sicut avis phoenix fabulatur ex suis resurgere cineribus. Unde habes verbum aymbolicum (contraseña) quarti gradus, *ziza* seu *zizon*. quod hebraice signifcat: flos, seu virtus floris.

Quis non videt in hisce symbolis restitutam phalollatriam? Inde miltiformir repræsentatio membri virilis, quæ in signis massonicis undequaque ocurrit: Littera G, significans generationem, imagine obscena refert ecrotum penemque aut phallon in cteide. Littera T junctionen exhibet membrorum utriusque sexus. Per litteram, tamquam per divinitatem, Hiram gubernat et circumducit totum vulgus operarion suorum, Hæc littera T triplicata formans quasi duo in littera H, eique impo»itum tertium T, trinam docet generationom, in mundo divino spirituali et materiali; quadruplicata vero format crucen teutonicam, circa idem Jod vel unicum punctum, quod divina suam potentiam generatricem in quator partes mundi exerit. Circinus incubans normae, in eorumque medio littera G, obscoena est exhibitio actus conjugalis. Hæc in usum venit tamcuam ordinarium vexillum massonicum. Si circine et norma puncta angularia conjunyas, habes Crucem sancti Andreae, aliam ejusdem rei libidinosæ exhibitionem a Massonibus adoptatem. Præcinctorium seu ventrale, quod virum laboratem significare dicint, una cum appendice sua (el delantal y la solapa) idem ostendit ad littera G. Tiro, utpote adhuc impuber, appendicem adhuc sustentam gestare jubetur. Socius vero, utpote jam puber, eamdem pendentém; quammobrem ille nondum admitittur ad conventus adoptionis, sive feminarum initiatarum; hic vero ad secundum gradum admissus mercedem suam recipit juxta columnam femineam B. Ad eumdemfinem traduntur candidatis chirotecae albae «pro feminis

quas prae eliis aestimabumt». Perpendiculum mobile regulae impositium donec in centro quiescat eandem rem turpissiman exprimit. «Arbor medri» et «cobiculum medii» ali symbola sunt utriunque membri. Idem exprimit rosa cruci accubans. Iterum, pavimentum mosaicum quod alternis quadris albis et nigris constat. Ita gladius flamams designat phallum vivum seu virgam vibrantem. Duo triangula conserta mare osdendunt feminanque sed pæcioue Kabbalisticum Regem sanctum sanctamque Matronam: Supra ostendimus trinagulum lineare exhibere forman entis infiniti, triangulum vero punctorum entis finiti, seu homo quantum est individua imago divinae Trinitatis Kabbalisticae. Porro, per duo triangula punctata, alterum alteri incubans et cum eo in uno puncto conveniens, efficitur figura quinque punctorum quam feminae initiatae nominibus suis appendere solent. Habes rationen cur in Conventibus feminaraum, quos adoptionis vocant; «omnia fiant per quinque». Phallolatria absque lupanaribus florescere nequit. In illis Frates Sororesque «operari» oportet, sicut Tubalcain cum sorore Nohema laborarsse a Massonibus narrator.

Sunt adhuc plurima nausabunda ejusdem generis que conscribere taedet pudetque. Sit venia pro necesario dictis, ex quibus licet concludere. Sectam massonicam in secretioribus Conventibus libidinosam phallolatriam antiquitatis ethnicas cum omnibus uis aboninandis redintegrasse, eique cum mulierculis inverecundis nostro adhulo operam dare impensam. Eheu! renovata suns, modo forsan elegantiori, impudica festa bachanalia, saturnalia, eleusinia. Bonnae Deae, aliaque horrenda ejusdem generis; eaque ab initiatis utriusque sexus sedulo absconduntur sub cooperculo massonico ventralium. Proh pudor.

5.—Valor ético de la historia de Hiram.

Hiram representa el Bien moral, que debe ser guía del hombre, según la moral masónica, moral que difiere radicalmente de la ética racional y aún más de la moral cristiana. El hombre, ignorante aún de su dignidad, según la Masonería, es una piedra en bruto que, en las logias, va siendo trabajada y cincelada, hasta que se convierte en piedra cúbica. El maestre conduce a los discípulos que quieren entrar en el templo de la virtud hasta la columna

J, símbolo de la firmeza y la fuerza, y luego a la columna B, imagen de la estabilidad y la sabiduría. Luego asciende por la escala misteriosa, que simboliza las tres virtudes teologales, Fe, Esperanza y Caridad, y los cuatro grados de las virtudes cardinales, Prudencia, Justicia, Fuerza y Templanza. Una vez que han llegado a lo alto, descienden por el otro lado, por las siete artes liberales (Gramática, retórica, lógica, aritmética, geometría, música y astronomía. Ragón, pag. 396).

La superstición, la ignorancia y la avaricia, son los tres enemigos interiores, y la mentira, la tiranía y el fanatismo, los tres feroces enemigos externos que el hombre tiene, y que le atacan y matan, mientras que la Verdad, la Ciencia y la Virtud son sus tres salvadoras. Las granadas son el emblema de la amistad, que une a los miembros de la familia masónica. Los guantes que se entregan al aprendiz indican, con su blancura, que las manos de un masón deben estar puras de todo exceso y que debe evitar la más ligera mancha. El delantal es símbolo del trabajo, y recuerda al masón que toda su vida debe consagrarse a la labor. El pavimento, formado por piedras blancas y negras, unidas entre sí, simboliza la unión de los masones, sea cual fuere el color de su piel, su nacional y sus opiniones políticas y religiosas. La escuadra enseña el respeto a las reglas; la perpendicular, la rectitud de juicio, el nivel, la igualdad social; las tres luces de la logia, la Belleza, la Fuerza y la Sabiduría (1); el martillo y el cincel, la inteligencia y la razón que se han dado al hombre para hacerle capaz de discernir entre el bien y el mal; la estrella flamígera, los cinco sentidos; la letra G significa geometría, o arte de medir, que conduce al hombre de verdad en verdad hasta el infinito, etc., etc... No se precisa gran perspicacia para adaptar todos los símbolos masónicos a esta especie de moral insignificante. Sin embargo, esta explicación desempeña un gran papel en la Masonería, engañando a los espíritus limitados que no quieren ver lo que se les enseña.

(1) Los tres principales *Sphiroth* de cada una de las tres triadas Kabalísticas.

6.—Sentido templario de la tragedia de Hiram.

En la explicación templaria, Hiram se convierte en Jacques Bourgignon de Molay. Sus tres asesinos son el Papa Clemente V, el rey Felipe el Bello y el denunciador Squin Florian (1), por cuya acusación acometió el rey Felipe la destrucción de la orden de los Templarios. El grado 30, de Caballero Kadosch, implica una representación dramática de la muerte del Gran Maestre, acompañada de terribles juramentos de venganza. La logia representa su templo, el águila con dos cabezas, el poder temporal y espiritual que desean adquirir; la espada, la venganza; el martillo, la destrucción de los Borbones y los Papas, y así sucesivamente.

Nadie puede tener un interés personal en vengar la extinción de la Orden del Temple y el suplicio de su último Gran Maestre, de modo que esta continuación de la Orden no es sino una finta para ocultar a otros personajes y otros fines de los ya indicados. Hiram, el arquitecto del templo de Salomón, no es la persona que podría despertar entusiasmo en los espíritus de nuestro tiempo. Se le sustituye, pues, por el Gran Maestre de los Templarios, cuya trágica suerte puede conmover los corazones, y cuya apostasía ha de encontrar fácilmente imitadores, siempre que la guerra contra el cristianismo lleva consigo ventajas temporales.

Bastará pues con indicar esta ligera explicación, remitiendo al lector a las revelaciones de diversos autores sobre el grado de Kadorch (2).

7.—Importante política de la fábula masónica.

Nadie duede creer en las seguridades dadas por las logias de que no se ocupan de política; es, por lo tanto, inútil, refutar de nuevo una afirmación carente por completo de sinceridad y veracidad.

Hiram es el Jefe o Representante de la Masonería. La propia Masoneria, es idéntica, en métodos y fines a la Orden extinta de los Templarios, a la que envuelve para ocultarla a toda mirada, y de la que se sirve para hacerse valer y defenderse.

(1) Ragon: p. 161.
(2) Eckert, Deschamps; Rosel, etc.

Los tres enemigos mortales de la Masonería, son la monarquía; la Iglesia católica y la nobleza, o sea, los mismos enemigos de los templarios, pero más generalizados. Felipe el bello, representa a todos los monarcas, Clemente V, a todos los Papas, y el denunciador de la Orden a todos los privilegiados.

Los tres salvadores son la democracia, el Naturalismo y el Socialismo.

Balkis es la Humanidad; los obreros de Hiram, el pueblo y el proletariado, que obedecen ciegamente al Maestre, por el signo de la «Tau falizada», las pasiones. Las palabras de la Orden, son Libertad, Igualdad, Fraternidad, palabras a las que se atribuyen una multitud de sentidos diversos.

Para los masones, Libertad, significa la destrucción de toda autoridad civil, eclesiástica y doméstica; Igualdad, quiere decir destrucción de toda dignidad de realeza, sacerdocio y nobleza; Fraternidad, implica la destrucción de todos los vínculos de la patria, familia y propiedad. Para convencerse de ello, basta con leer las obras del P. Deschamps, del P. Pachtler, del Dr. Eckert, de Claudio Janet, de Léo Taxil, de Monseñor Fava, y tantos otros, que las apoyan con documentos tan numerosos como concluyentes.

Salomón, rodeado por Sadoc y los grandes de su reino, representa a los reyes rodeados de sus sacerdotes y cortesanos. Balkis es el pueblo, que aún admira a los reyes y se une a los sacerdotes, pero al que Hiram, o sea, la Masonería, convierte y arrebata a sus dueños. La muerte de Hiram es el aniquilamiento de los derechos del pueblo por la monarquía, la religión y la propiedad. La búsqueda del cuerpo de Hiram representa a las revoluciones y el cuerpo hallado, el restablecimiento de la libertad del pueblo en la república democrática.

La construcción del templo de Salomón, bajo la dirección de Hiram, simboliza la preparación gradual de la república universal por los masones. Los diversos instrumentos de los obreros, son los emblemas del trabajo político y social de las logias, divididos entre los diversos grados, y dirigido por los Jefes Supremos de la sociedad secreta. Al grado de Rosa-Cruz corresponde la suprema dirección del trabajo antirreligioso, el grado de Kadosch o Templario, la suprema dirección del trabajo político o antinacional.

Si se quiere que una sociedad que tiene como única mira, la destrucción de lo que existe, no puede subsistir sobre tal base

exclusivamente negativa, puede también oponerse el argumento de que, puesto que trata también de construir el edificio de la república universal, tiene también una base positiva en que apoyarse. Esta doble obra está simbolizada por la espada y la llana, que se ponen en las manos del *príncipe de Jerusalén* o grado 16, a imitación de los judíos que reconstruían los muros de la ciudad sagrada. «Los que se ocupaban en edificar los muros, hacían su trabajo con una mano, y tenían la espada en la otra» (1).

Cualquiera puede aplicar a la política masónica todos los símbolos restantes. Se adivina fácilmente que la logia es la imagen del reino universal de la Masonería; que sus dos columnas principales son la Fuerza y la Sabiduría, o sea, la violencia y la astucia; que cada piedra tallada es un masón perfecto; que lo smuros y las doce columnas son los pueblos de todas las partes del mundo, el pueblo uno e indiviso de la república universal; que la bóveda sagrada es el Gobierno Supremo masónico; que el delantal es un símbolo de la obra política de los masones; que la letra G., en el sentido de Geometría, indica la división de toda la tierra, en provincias y distritos; que el pavimento de mosáico es el símbolo de todas las naciones que componen la república universal; que la cámara del centro es la sede del gobierno supremo de la autoridad masónica y el árbol del centro su jefe supremo; que el trono de la viuda es el estuche que oculta la Masonería militante y revolucionaria, que todos los masones deben alimentar hasta que se establezca el reino universal de la sociedad secreta, etc. etc.

Este capítulo pone al descubierto los verdaderos fines de la Masonería. Leed entre líneas de los libros masónicos; tratad de perforar los velos con que los Hermanos tratan de ocultar el fin positivo y el fin negativo de la Orden Masónica y hallareis siempre la destrucción total de los principios y bases del actual orden político, religioso, social y doméstico, y la construcción de un reino de la logia, bajo el nombre de república universal. Si el firmamento es la bóveda de su templo y todas las naciones de la tierra su pavimento, queda claramente expresada la universalidad de este reino a que la Masonería aspira. Todas las naciones del mundo, quizá salvo la excepción de la Patagonia y el Africa Central, están ya, bajo la escuadra y el compás masónico, divididas en provincias, y

(1) Esdras, IV, 17.

obediencias, y tienen sus Orientes, Maestres, Provinciales, Capítulos y otras agencias de gobierno. Este es el nuevo poder que un profeta cantara en su verso: *Et príncipe nescit quod nova potentia crescit.* (El Rey ignora que surge un nuevo Poder) (1).

¡Cuántas veces y cuán vanamente se ha advertido a los monarcas de este peligro! Dicen que no pueden hallar la cabeza de esta hidra. Esta cabeza no está constituída por los príncipes y otras grandezas que se conocen, sino por jefes secretos, inhallables hasta aquí. Qué se les busque en Berlín, Roma y Charleston. Quizá estén todavía en estas ciudades.

8.—Significado judáico del drama de Hiram.

En los capítulos precedentes quedaba siempre cierto número de símbolos masónicos más o menos inaplicables. En éste, todo cuanto representa un papel en la Masonería y su leyenda, se aplica al pueblo judío con una facilidad asombrosa. En realidad, cuanto existe en la Masonería es profunda, exclusiva, apasionadamente judío desde el principio hasta el fin.

¿Qué interés tienen las demás naciones en reconstruir el templo de Salomón? ¿Lo hacen por ellas mismas o por los judíos? ¿Son estas naciones o son los judíos quienes obtendrán de ello algún beneficio? ¿Qué ventajas representan para ellas devorarse unas a otras a fin de que triunfen en todo el mundo los «Príncipes de Jerusalén» (grado 16), «Jefes del Tabernáculo» (grado 23) o «Príncipes del Tabernáculo»? (grado 24) ¿Se han puesto de acuerdo las naciones para servir de escabel (2) a los pies de los judíos? (2). ¿Por qué, pues, se apresuran a colocar la Corona (Kether) en su cabeza y el Malkuth (Reino) bajo sus pies?

Es tan evidente que la Masonería no es sino una herramienta en manos de los judíos, que son los que la manejan, que uno se siente tentado a creer que los masones no judíos pierden la inteligencia y la facultad de raciocinio el mismo día en que por primera vez les vendan los ojos.

Al hablar de los judíos, no nos referimos, ni por un momento,

(1) Hermann de Lehin.
(2) Salmo CIX.